

# Tres Días de Pesadilla

(22, 23 y 24 de Noviembre  
de 1963)

Por ~~MANUEL ROJAS~~

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura

**EN AQUELLA PRIMERA FECHA** el día amaneció en Eugene, Oregón, como todos los días de ese mes y de los siguientes meses: nublado y lloviendo ("cloudy and raining", decía el "forecaster" de la ciudad, quien durante esos días y meses no tiene mucho trabajo), una lluvia fina, menuda, esa lluvia de la que los brasileños dicen que "nao molha mais empaça", lluvia que no asusta a los habitantes de aquel estado, mucho menos a los jóvenes, que la soportan a cabeza descubierta y a veces hasta sin impermeable (el paraguas es de introducción reciente y recuerdo la composición libre que me presentó una chica del curso de conversación y composición avanzadas: hablaba del paraguas como quien habla de la energía nuclear en la preparación del pollo a la cazadora, dando algunas de las reglas que, según ella, debían observarse en su uso en las calles: "Si uno viene caminando por la orilla de la acera deberá levantar el paraguas al encontrarse con otra persona que lo lleva; si viene por el lado interior de la acera, deberá bajarlo", etc.).

Me fui a pie hasta la Universidad. Había poco que ver. Las ardillas, cosa rara, son muy tímidas allí, y casi no hay pájaros (en invierno, se entiende, aunque en el verano tampoco hay muchos). Tenía dos clases, una de nueve a diez, y otra de once a doce. Todo estaba muy tranquilo y desde las diez hasta las diez cincuenta, momento en que sonaba la campanilla que indicaba el término de las clases de diez a once, permanecí en mi oficina mirando hacia la calle Trece. El "campus" se veía como siempre, verde, con sus corpulentos pinos, su precioso césped y sus edificios de ladrillo rojo. A las once en punto entré a la sala de clases y empezamos a hablar de algo o de alguien, siempre hay alguien o algo de qué hablar

y a veces es entretenido y a veces no lo es. Diez para las doce: la clase ha terminado y viene la hora del lunch. Salí de Friendly Hall, atravesé la calle y esperé. Julianne llegó en seguida, manejando el humilde y fiel Austin que nos había llevado a México y nos había devuelto a Estados Unidos. Se detuvo ante mí, abrió la puerta, y entré.

—Hola —le dije—. ¿Cómo está, mi chula?

—"Hi" —me contestó, débilmente.

La miré bien y descubrí que lloraba.

—¿Qué te pasa? Estás llorando.

Me miró y me dijo, llorando más vivamente ahora:

—Han asesinado al Presidente Kennedy.

Me pareció que me daban con algo pesado en la cabeza, atontándome.

—¿Qué dices!

—Lo mataron esta mañana, en Dallas, Texas.

—¿Quién?

—No se sabe bien todavía.

Yo no tenía gran admiración por el Presidente Kennedy, más aún, me dolía que hubiese permitido realizar lo que el general Eisenhower había organizado: la frustrada invasión de Cuba, pero de ahí a desear o siquiera aceptar su asesinato había un abismo. Si Julianne me hubiese dicho: mataron a Franco o mataron a Batista o mataron a Trujillo o mataron a Pérez Jiménez o mataron a Rojas Pinilla, no me hubiese importado un comino, pero matar a Kennedy, asesinar a Kennedy, me parecía algo inaceptable, peor aún, inimaginable; sin embargo, era cierto. La radio del coche empezó a dar detalles.

Tomé mi almuerzo como a disgusto.

¿Cómo! ¿Es posible? ¿De modo que este país es como Bolivia o como Santo Domingo o como México en sus peores años o como cualquier otro subdesarrollado país del mundo? No podía creerlo, me resistía a creerlo. Era como si me contaran que habían asesinado a Jorge Alessandri o a Pablo Neruda —¿puede alguien concebirlo?—; no obstante, era cierto; estaba muerto. No era mi ideal de Presidente —ninguno de los actuales o pasados Presidentes de cualquier país del mundo lo ha sido ni lo será (representan una casta y eso me los hace odiosos o indiferentes); recordaba, a pesar de todo, que cuando lo vi en la University of Washington, en Seattle, departiendo amigablemente con los viejos decanos y con los casi temerosos funcionarios administrativos, me pareció alguien distinto a los recientes Presidentes norteamericanos, alguien superior, quiero decir, con algo que no tuvieron Hoover o Truman, Eisenhower y otros: joven, animoso, brillante, insistente, peleando con los reyes del acero y con los recalcitrantes republicanos, con los médicos usureros y con los repugnantes aislacionistas. Ahora ya no podía pelear ni departir con nadie.

Estuve a punto de soltar un taco a la chilena y por primera vez la exquisita sopa de "clams" me pareció desabrida. Había que hacer algo. ¿Qué algo? Yo era allí nada más que un profesor visitante, un escritor sudamericano sin voz ni voto, un individuo de "raza hispanoamericana", como dicen algunos formularios norteamericanos de inmigra-



ción, sin más importancia general que un estudiante negro o hindú de los varios que había en la Universidad. Me acordé, sin embargo, que era catedrático; tenía tres cursos en la Universidad, y como un catedrático es dueño de sus cursos, podía hacer algo con ellos. Lo haría. Mi mujer había llorado y yo no podía dejar solitarias sus lágrimas.

A la una estuve de vuelta en la Universidad y me pareció que iba armado de una espada. Me había imaginado que la Universidad estaría convulsionada, que los estudiantes hablarían, discutirían, gritarían y hasta pelearían en las salas de clases, en las aceras y en las cafeterías, pero no había tal cosa. La lluvia caía siempre fina, grácil, leve, como la de Pezoa Véliz, y nadie hablaba, discutía ni gritaba, mucho menos peleaba. Pero yo no era norteamericano, sino sudamericano, y no era estudiante, sino profesor, y por poco que representara me representaba a mí mismo.

—¿Qué tal, profesor? —me interrogó un alumno del curso de una a dos.

—¿Hay novedades? —pregunté.

—No, ninguna.

—Usted sabe lo que ha pasado, por supuesto.

—Sí, mataron al Presidente Kennedy.

—¿Van a suspender las clases?

—Parece que no. Tiene que ordenarlo el gobernador y después el presidente de la Universidad. Están esperando.

—¿No han hecho manifestaciones los estudiantes?

—No. Pero seguro que las clases las suspenden mañana.

—Pero mañana es sábado, no hay clases.

Aquella actitud me sorprendió tanto como el asesinato de Kennedy: sorprendente e increíble.

—Yo no voy a esperar al gobernador ni al presidente. Por favor, diga a sus compañeros que he suspendido la clase de una a dos.

—Muy bien, señor Rojas.

—Hasta luego y gracias.

De pronto tuve la sensación de que hacía algo ridículo, algo que no me correspondía hacer. Yo no era autoridad y, ¿qué pasaría en este país si todos hicieran lo que creyeran conveniente o atinado? Pero, por otra parte, aunque yo no fuese autoridad, quería honrar de algún modo, del modo que podía, la muerte del Presidente de un país que me daba asilo y trabajo, un país que, aunque no era el mío, yo conocía ya y amaba. Presa de reconcentradas y opuestas ideas me fui a mi departamento.

Julianne oía la radio y lloraba.

En la tarde se levantó viento y la lluvia arreció. ¿Qué iría a suceder en Estados Unidos? Siempre me lo pregunté: ¿qué ocurrirá aquí en el futuro? Hay tremendas fuerzas adormecidas por el bienestar, pero ¿este bienestar será eterno? Estas masas inermes, ¿se inquietarán alguna vez? Si hoy día matan, sin motivo alguno, a un Presidente casi ejemplar, ¿qué acontecerá otro día? Por el momento era necesario ver de una manera más directa lo que estaba ocurriendo, lo que ocurriría dentro de una hora o de un día.

—Si tuviéramos una televisión podríamos tal vez...

La guía de teléfonos nos indicó que hacia el norte de la carretera 99 West había una tienda que arrendaba televisores. Allá fuimos. La carretera estaba llena de viento, agua y tierra, de camiones madereros y de automóviles que marchaban hacia todas partes, y después de dos o tres millas encontramos la tienda. Oía a gas licuado y todos los televisores estaban en marcha transmitiendo diversos programas. Media hora más tarde la abandonamos llevando un televisor cuyo arriendo era de cinco dólares mensuales (si lo queríamos comprar costaría lo mismo y después de unos meses sería nuestro), máquina grande y cajonada que daba una imagen bastante buena. Ya en el departamento y previo pago de otros cinco dólares por conectarla a un cable especial, nos dedicamos a ver lo que pasaba en USA. En el resto de la tarde y cada vez que alguien quería contar la historia, vimos matar numerosas veces al Presidente de Estados Unidos. Al anoecer ya no me quedaba duda alguna de que Kennedy había sido asesinado, y mirando hacia el resto del edificio, ya sumido en la oscuridad y el silencio, me dieron ganas de abrir la ventana y gritar: "¡Han matado al Presidente Kennedy, y ustedes, hijos de la Grandísima, ni gritan ni lloran ni hacen nada! ¡Miran la televisión y con eso creen hacerlo todo! ¡Despierten, hijos del sandwich y del refrigerador, la lavadora y el automóvil, despierten antes de que sea tarde!" Percibí, sin embargo, que si lo hacía correría el peligro de que algún vecino, al oír gritos en un idioma que no entendía, llamara a la policía y dijera que en el edificio había un loco, con lo cual yo iría a dar con mis huesos a una Police Station, en donde me vería en amarillos aprietos al explicar a los policías el motivo de mis gritos. Mi destino era incierto por ese lado y entonces decidí beberme un "bourbon" doble con Seven Up y acostarme. Pasé la noche con los puños apretados, mirando hacia la ventana que a su vez miraba ha-

cia la lejana Cascade Range.

Al otro día, sábado, también "cloudy and raining", sin obligaciones de ninguna especie, vimos de nuevo asesinar a Kennedy y llorar a su viuda; entremedio se anunciaban cremas para el pelo, comida para perros, tabletas para todo. Vimos cómo se transportaba su cuerpo y vimos policías y jueces, la ventana asesina, el rifle barato. Me imaginaba por momentos que eso hubiese pasado en Chile, aunque es difícil imaginar nada semejante, y veía cómo toda una ciudad y casi todo un país salía a la calle y gritaba y lloraba, maldecía e injuriaba, una ciudad y un país subdesarrollado. Aquí no: la gente tenía un alto standard de vida y todos podían tener un televisor. ¿Para qué más? Los habitantes de un país que todo lo celebran comiendo pavos, millones de pavos, no podían obrar tal como obrarían, en condiciones semejantes, los de un país en que el tanto por ciento de calorías en la alimentación está cada día más para las pallas y en que la entrada per cápita anda como chaleco de mono. Sentí que empezaba a odiar el alto standard de vida y me acosté de nuevo amargado.

Y, al otro día, domingo, siempre nublado y lloviendo, presenciamos la coronación de aquella pesadilla: cerca del mediodía la pantalla del televisor mostró cómo, en la galería de un edificio de Dallas, un individuo sacaba un revólver y disparaba contra el presunto asesino de Kennedy. ¿Quién era ese hombre, el único que hacía algo más que estar sentado ante un televisor? ¿Un gran patriota, un individuo de corazón cívico, un hombre ejemplar, aunque su acción no lo fuera? No era nada de eso: era un cabaretero, casi un rufián, oscuro individuo de "strip-tease" y alcohol, fichado por la policía, comerciante de ruin estofa, y resultó una vergüenza que declarara que había matado a Oswald porque amaba demasiado a Kennedy. Las entrañas se nos removieron: después de un asesinato estúpido y confuso, cometido por un irresponsable, otro confuso y estúpido asesinato, cometido por un ser despreciable. ¿Qué habíamos esperado y qué recibíamos? No podíamos especificarlo con claridad, pero se nos ocurrió que durante aquellos tres días nos habíamos estado dando puntapiés en la cara.

Por fin llegó el lunes y, aunque amaneció nublado y lloviendo, lo recibimos con alegría. La lluvia era inocente y pura y caía sobre las calles y jardines de Eugene, Oregon, con una suavidad increíble. Parecía también caer sobre nuestros corazones, recompensándonos con su frescura de aquella seca pesadilla de tres días.